

Espejo, un zapador de la libertad

En estos tiempos de levantamientos indígenas, Espejo, ese precursor de nuestra independencia, nacido de sangre india, se vuelve más actual que nunca.

Roque Rivas Zambrano

Nacido en 1747, Eugenio de Santa Cruz y Espejo, fue en su tiempo la encarnación más poderosa del talento, del saber erudito, del dinamismo patriota y la fecundidad literaria. Hijo de padre indio y madre mulata, hizo cuanto pudo para trascender. Fue lector incansable de cuantos libros rondaron por Quito y asistió a varias facultades de la Universidad hasta obtener los títulos en Letras y Filosofía, Derecho y Medicina.

Luchó como un zapador, agazapado en las sombras, abriendo espacio en la obscuridad hacia la luz, minando sigilosamente el pesado edificio de la feudalidad colonial.

A veces de frente, o escondido, llevó con sus escritos la razón y la luz, con la diatriba, la ironía, el sarcasmo, la sátira y a veces la burla y el panfleto.

Su existencia se desarrolló en un ambiente colonial denso e inhóspito, trabado por el odio, la maledicencia y la burla; el mismo se vio escarnecido por una sociedad estamental que no admitía posibilidades para las castas serviles -indios, negros y mulatos-, de dónde provenía.

Espejo fue un hombre del iluminismo y su pensamiento pertenece a la “ilustración”. Autodidacta solitario, zahareño y taciturno, iluminó de humana ternura los cantos ásperos de su pluma por medio del periódico -Primicias de la Cultura de Quito-, a través del cual se convirtió en auténtico pedagogo del periodismo.

En él, el descontento fue una fuerza gravitatoria y su espíritu, arisco como el búho, hizo homenaje a su apellido quechua Chusig.

Con su rebeldía soterrada cavó galerías hacia la libertad presentida y avizó una patria liberada.

Vigilante de agonías

Su infancia y mocedad transcurrieron en el ambiente del hospital de la Misericordia, donde fue una especie de vigilante nocturno de agonías y cuyas lámparas iluminaban sus estudios hasta altas horas de la noche.

A los quince años, según confesión autobiográfica, “deseó ardientemente ser conocido por bello espíritu” pero el vulgo lo despreció”. A los veinte recibió de manos del padre Nicolás García, rector de la Facultad de la Orden Dominicana, el título de Doctor en Medicina.

Entre 1793 y 1794, dos años antes de morir, se amontonaban los títulos de sus obras. En 1779 apareció su “Nuevo Luciano, o Despertador de los ingenios”; en 1780, “Carta al Padre La Graña sobre indulgencias” y el mismo año escribió “Sermón de San Pedro”, “La Ciencia Blancardina”, y “Marco Porcio Catón”. Pero es en 1785 cuando aparece su obra de mayor duración: “Las reflexiones acerca del contagio de las viruelas”.

Al año siguiente da a luz la “Defensa de los curas de Riobamba” y en 1787 las “Cartas riobambenses”; luego venderá “Resurrección”. Y es en 1791, cuando aparece “Primicias de la Cultura de Quito”, con el que da inicio al periodismo ecuatoriano.

Al año siguiente escribió “Voto de un Ministro Togado de la Audiencia de Quito” y entre 1792 y 1794, la “Segunda carta teológica” y los “Panegíricos a Santa Rosa”.

Su obra literaria abarca tres lustros y por su carácter crítico le acarrearón problemas. Por el Nuevo Luciano quisieron deshacerse de él nombrándolo médico de una expedición que iría a fijar los límites sobre el Marañón, más, como Espejo rehuyó, lo hicieron prisionero como “reo de grave atentado”, de lo cual salió bien librado.

Pero en 1787 fue tomado otra vez preso y cargado de cadenas. El mismo se refiere a esa presión, diciendo: “El aparato ignominioso con que se me arrestó en claro día; los grillos, secuestro de todo papel y finalmente el estrépito que se puede usar con un facineroso, dieron a Riobamba, Ambato, Latacunga y Quito la idea de que yo era un reo de Estado”.

En esta ocasión, la causa del arresto fue la denuncia de ser Espejo autor de un panfleto titulado: “Retrato de un Golilla”, calificado por el presidente de la Real Audiencia de “atroz, sangriento y sediciosa sátira”. El escrito calificaba a Carlos III de rey de bajaras y a José Gálvez, marques de la Sonora y ministro universal de indias, lo amenazaba con un levantamiento tipo Tupac Amaru y Tupac Catari.

El proceso fue ventilado en Bogotá, capital del Virreinato, al que pertenecía la Real Audiencia de Quito; Espejo sería absuelto el 2 de octubre de 1789.

Pero el proceso de Bogotá le sirvió para contactar a personajes que serían después próceres de la independencia: Antonio Nariño y Francisco Antonio Zea.

Luego Espejo seguiría siendo un gran agitador de conciencias. Fueron los hombres educados bajo sus ideas nuevas, quienes encendieron catorce años después de su muerte, el 10 de agosto de 1809, en Quito, la hoguera de la rebelión con las antorchas que tomaron de manos del mestizo genial.

El título de precursor de la independencia con que se distingue a Espejo, es justo y cierto, aunque él mismo no alcanzó a ver la luz que encendió en medio de las tinieblas ni la obra construida sobre su sacrificio y su dolor.

Sus días finales

Por sus ideas, Espejo alcanzó el heroísmo más supremo tanto que una larga prisión por agitador y revolucionario, le llegó a consumir su cuerpo material aunque su espíritu estuvo íntegro hasta el final.

En sus últimos años fue el blanco de crueles persecuciones y odios por los personajes de absolutismo y así, casi consumido por la presión y las cadenas, un día salió del hospital San Juan de Dios, licenciado para morir en diciembre de 1995.

Como escarnio a su origen humilde ante los prejuicios y convencionalismo sociales, fue enterrado en el cementerio de los indios, en El Tejar. Así se apagó como una lámpara votiva, la vida luminosa del luchador irreductible Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Pero él no murió, tomó el camino de la inmortalidad...